

Fragmentos sobre TIEMPO, DUELO Y ANGUSTIA (en el fin del milenio)

*Javier García*¹

Resumen

Las características de la cultura actual llevan al autor a preguntarse por los efectos recíprocos entre ella y el funcionamiento psíquico. Las fantasías apocalípticas de fin y encuentro de los milenarismos, el aplastamiento de las nociones de tiempo por su aceleración son interrogados en relación a los conceptos psicoanalíticos de “duelo” y “angustia”. Las marcas temporales como el fin de siglo-milenio parecen ejercer un efecto anticipado que remite al duelo por aspectos idealizados de los ideales que habitaron el siglo y, también, otro de angustia vinculado a una fantasía de fin del tiempo que se correspondería con una disminución del espesor simbólico del psiquismo. Se intenta plantear, más que respuestas a las preguntas que se abren, una complejidad evocadora de interrelaciones.

Summary

The present culture features lead the author to ask himself about the reciprocal effects between it and psychic functioning. The apocalyptic fantasies of end and the doctrine of millenarism meeting, the smashing of time notions by its acceleration, are questioned in relation with psychoanalytic concepts of “mourning” and “affliction”. The temporal marks as the end of the century-millennium seem to create an anticipated effect which refers to mourning by idealized aspects of the ideals which inhabited the century, and to affliction vinculated to an end of time fantasy that would correspond to a decrease of the symbolic thickness of psychism. What is being raised, more than answers to the questions asked, is an evocative complexity of interrelations.

¹. Miembro Titular de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay.
Bvard. J.G.Artigas 2654. Montevideo, 1600, Uruguay. E-mail gp@adinet.com.uy

Descriptores: TIEMPO / DUELO / ANGUSTIA / TRAUMA

Introducción

Pensar los efectos epocales sobre nuestros pensamientos, ideales, ideologías, fantasías, etc., tiene tanto de desafío apasionante como de tarea, en última instancia, imposible. Las influencias en juego son múltiples: históricas, sociales, políticas, económicas, culturales, en variadas vertientes, y esa dimensión más íntima, de la vida afectiva, a la que nos dedicamos los psicoanalistas. El psicoanálisis, precisamente, se ha encargado de investigar los determinantes inconcientes de nuestros pensamientos, ideales, actos y afectos. Tarea que, aunque se desarrolla en el ambiente intimista del consultorio y en la escucha específica del deseo inconciente, se abre a la importancia de los otros, de la cultura, para la construcción del psiquismo. Es en este contexto que ciertos rasgos de nuestra época se nos ofrecen para ser interrogados y pensados en relación con conocimientos del funcionamiento psíquico que nos permite el abordaje psicoanalítico, aunque no menos, repensar estos conocimientos a la luz de las circunstancias actuales. Siempre son intentos fragmentarios.

La zona sobre la que me propongo reflexionar es sobre **la acción recíproca de distintas temporalidades**: históricas, culturales, naturales y psíquicas. No estoy muy convencido como caracterizarlas, porque la idea de tiempo no queda necesariamente determinada por los referentes múltiples que la provocan. Sin embargo, ellos delimitan matices y complejidades, que nos autorizan a pluralizar. De la misma forma que hoy preferimos hablar de “historias”, “teorías”, etc., en lugar de referirnos a categorías: “lo histórico” o “lo teórico”, hablaré entonces de **temporalidades**.

Otro punto de partida epocal que tomaré, también referido al tiempo, es nuestra ubicación en **el fin del segundo milenio**. **¿Qué efectos tiene sobre nuestros afectos, pensamientos e ideologías?** Todos sabemos que nada pasará realmente allí, sin embargo, también sabemos que no solo los acontecimientos tienen efectividad sobre el funcionamiento humano.

Milenarismos y cultura actual

Actualidad de los milenarismos

“... en este fin de milenio volvemos a ser milenaristas”.² “... la proximidad del año 2000 parece despertar (...) temores irracionales y una propensión notable a las crisis místicas o, al menos, a un desarrollo anormal de formas no ortodoxas de la religión”.³

La idea del fin del mundo y la de un nuevo reino, un nuevo Milenio, destrucción y nueva fundación, pérdida y encuentro (o re-encuentro) con Satanás o con un reino divino, regreso de Dios, son solidarias y se encuentran presentes bajo distintas versiones en la cultura occidental. Ellas han causado al mismo tiempo fascinación y terror, esperanza y miedo enloquecedor. Curiosamente su persistencia ha ido en contra de todas las evidencias reales, pues cada vez los acontecimientos mostraban su carácter de construcciones fantasiosas. Pero esta misma persistencia, este reciclaje en distintas versiones, nos habla de una efectividad, al menos de producciones imaginarias y quizás otras.

La idea del gobierno milenarista de Cristo, esencial en el cristianismo primitivo, proviene de una vieja tradición judaica que aparece en el Antiguo Testamento (Jeremías, Ezequiel, Daniel y los Salmos). Se trata de la idea de un gobierno mesiánico de duración ilimitada. Según el Apocalipsis de Ezequiel y el Talmud la duración del reino mesiánico sería de cuatrocientos años.⁴

El Apocalipsis de Juan (testimonio de la pervivencia del pensamiento judío entre los cristianos) afirma que el reino mesiánico debe durar mil años, luego de los cuales aparecerá y será destruido Satanás, tras lo cual los muertos saldrán de sus tumbas para ser juzgados y los elegidos vivirán en un reino de gloria.⁵ “Luego vi a un Ángel que bajaba del cielo y tenía en su mano la llave del Abismo y una gran cadena... Dominó al Dragón, la serpiente antigua –que es el Diablo y Satanás– y lo encadenó por mil años. Lo arrojó al Abismo, lo encerró y puso encima los sellos, para que no seduzca más a las naciones hasta que se cumplan los mil años. Después tiene que ser soltado por un tiempo”.⁶ “Cuando se terminen los mil años, será Satanás soltado de su prisión y saldrá a seducir a las naciones de los cuatro extremos de la tierra...”⁷

A pesar del sentido de “catástrofe” que se vincula a “apocalipsis”, su uso en la Biblia procede del griego y significa “revelación”. Dice allí: “*todo apocalipsis supone, pues,*

² J. Baudrillard. “La ilusión del fin”. Ed. Anagrama, Barcelona, 1993, p.137.

³ Ibid, p. 278.

⁴ H. Focillon, “El año mil”, Alianza Editorial, 1966; pp. 59-60.

⁵ Ibid, p. 60.

⁶ Biblia de Jerusalem, Apocalipsis Juan, cap. 20-8; p. 1785; “El reino de mil años”.

⁷ Ibid. “El segundo combate escatológico”.

una revelación hecha por Dios a los hombres de cosas ocultas y sólo por él conocidas, en especial de cosas referentes al futuro”⁸ (Subrayado JG). Lo no conocido, quizás lo incognoscible para el hombre, cosas de las que sólo Dios sabe, se anuncia como encuentro en un tiempo lejano (mil años). Lo revelado, esperanzador de un Reino Divino, pero también de un juicio, anuncia regresos, encuentros (con Satanás y con Dios) que evocan el sentido terrorífico y enloquecedor a los que envía también lo apocalíptico. Eso debe estar encadenado, arrojado y, en su lugar, tapando: los sellos.

Durante la Edad Media se afirmó la idea de la historia como una semana cuyos siete días representarían las siete edades del mundo, la última de las cuales será el gobierno mesiánico que duraría un milenio, un día de Dios.⁹ Esta creencia en un reinado terreno del Mesías con una duración de mil años (“*mille annorum*”) es lo que se llama en Teología “*milenarismo*”.

Las referencias a la significación del milenio se intensifican hacia el siglo X.¹⁰

El último día del 999, dice Augusto Strindberg,¹¹ “*la vida se paralizó: no se trabajaba ni comerciaba, se llenaron las iglesias, se perdonaban las deudas, se manumitían los esclavos, se reconciliaban los enemigos. El papa Silvestre II ofició en Roma una misa solemne y luego... no pasó nada.*” Raoul Glaber afirmó que al cumplirse los mil años Satanás sería desencadenado y relataba haber observado la aparición de un meteoro: “*Apareció en el mes de setiembre, al filo de la noche,*

⁸. Biblia de Jerusalem, Apocalipsis, Introducción, p. 1765.

⁹. H. Focillon, “El año mil”, pp. 60-61.

¹⁰. Cronología tomada de Henri Focillon, “El año mil”, Alianza Editorial, 1966; pp.70-81. 909: El Concilio de Trosly alertaba a los obispos sobre la necesidad de dar cuenta de sus actos pues el día del juicio estaba próximo. 940-950: Aparecen en numerosas cartas las frases hechas sobre el fin del mundo. “*Mundi terminun ruinis crescentibus appropinquantem indicia certa manifestant...*” (Señales evidentes anuncian la proximidad del fin del mundo; se multiplican las ruinas.)

954: a pedido de la reina Gergeba, esposa de Luis de Ultramar (Francia 921-954), Adso compuso su Libellus de Antecristo donde, afirmando que no había que temer el fin del mundo hasta que no se disgregase completamente el Imperio Romano, unía la doctrina de la Iglesia a una idea política. 960: El eremita Bernardo de Turingia comparece ante una junta de barones para anunciarles que Dios le había revelado la proximidad del último día (según la crónica de Jean de Trithème, siglo XVI). 998: Abbon de Fleury cuenta en su apología que en su juventud oyó en París a un predicador que anunciaba el fin del mundo para el año 1000. En fechas posteriores al año 1000 siguen apareciendo las referencias al fin del mundo, mostrando la supervivencia de las creencias contra las que la Iglesia luchaba. Según el relato del monje Guillermo Lemosin (1009-1010) mucha gente creyó que llegaba el fin del mundo al ocurrir la toma de Jerusalén.

¹¹. “Reino Milenario”, citado por Pablo Luna en “Sobre el miedo al Milenio”, revista “Casi Nada”, N. 10, enero, 97.

*permaneció visible cerca de tres meses. Su resplandor era tal que parecía llenar la mayor parte del cielo, hasta que desapareció al sonar el canto del gallo... Lo que parece más probado es que este fenómeno no se manifiesta jamás a los hombres, en el universo, sin anunciar con certeza algún acontecimiento misterioso y terrible.*¹² (Subrayado JG). Mil años después, Henri Kubnick en “La grande peur de l’an 2000”, citado por M. Morales,¹³ sostiene la colisión de la Tierra con un cuerpo astral errante que podrá modificar la órbita del planeta, provocando gigantescos maremotos, erupciones volcánicas continentales, etc., o una explosión de toda la corteza terrestre.

Ambas creaciones imaginarias, que distan un milenio entre sí, reaparecen con curiosa similitud en los dos recientes estrenos filmicos: “Impacto profundo” (EEUU, 1998, Mimi Leder) y “Armageddon” (EEUU, Michael Bay, 1998). Producciones cinematográficas que representan y desarrollan las fantasías apocalípticas de los milenarismos. Ambas se arman en torno a la idea-catástrofe, de una amenaza que, en un caso un gran meteorito, en otro un asteroide, se estrelle contra la Tierra y acabe con la vida. También en ambas la alternativa salvadora es una misión espacial que deberá colocar bombas atómicas en el cuerpo enemigo. En “Impacto profundo” la misión recibe el nombre de “Mesías”. Es necesaria una acción humana sobre ese objeto extraño para que no sea destructivo y pueda ser “metabolizado”.

Las señales actuales que apuntan a una idea (fantasía) de catástrofe son múltiples. Ralph E. Lapp en su libro “The New Priesthood”¹⁴ sostiene que “*el mundo ha sobrepasado ya todas las señales de peligro y se encamina hacia un fin catastrófico: el desborde de la tecnología y la automatización estarían destinados a desequilibrar las condiciones que hicieron posible la aparición de la vida sobre la Tierra*”. Paul R. Ehrlich, especialista en planificación familiar, sostuvo que para el año 2000 la Tierra tendrá catorce mil millones de habitantes, sometidos al hambre, a las guerras de conquista y pronosticó importantes desequilibrios psíquicos de los individuos producto del hacinamiento.¹⁵ El terror a una guerra atómica que se apoderó especialmente de EEUU y Europa, preveía una destrucción masiva de la civilización. El fin de la guerra fría y la desaparición de la URSS no terminaron con el peligro de guerra nuclear. La inestabilidad de los nuevos estados post-soviéticos así como el ejercicio absoluto del poder de los EEUU, generan nuevos riesgos. El avance de la ciencia y la tecnología al servicio de la construcción de armas superdestructivas ha colocado en este siglo por

¹². Toda la cronología citada, *ibid*, pp. 70-81.

¹³. “Milenarismo...”, p. 19.

¹⁴. M. Morales, “Milenarismo...”, p. 19.

¹⁵. *Ibid*.

primera vez a la realidad humana en paridad con las peores fantasías apocalípticas. El SIDA y la pobreza aparecen también como dos grandes amenazas de catástrofe mundial. El SIDA como la versión actual de las grandes pestes. La pobreza enrostrándonos la incapacidad de resolver uno de los más terribles males de las estructuras político-sociales. Y también podríamos citar otro ejemplo en la catástrofe informática esperada para el año 2000, donde son las máquinas las que, curiosamente, no lo reconocerán.

Nada hace pensar que estemos en peores condiciones que a principios de siglo o que en épocas anteriores, solo que las expectativas de progreso y la visión salvadora que mostraban las ideologías, así como la ciencia y la tecnología de este siglo, no menos ideológicas, han mostrado sus limitaciones en resolver los principales problemas del hombre y quizás un mayor éxito en la construcción de formas violentas del poder económico, político y militar.

Los ejemplos citados no son homogéneos pero muestran, en mayor o menor medida, rasgos apocalípticos. Como toda construcción imaginaria toman elementos de la realidad para su armado, de modo que aunque reconozcamos en ellas una vez más su carácter de fantasías podemos hallar en sus contenidos los grandes temas que preocupan a la humanidad. Tanto por los límites de nuestros conocimientos y capacidad de transformar las condiciones de vida, como por las grandes evidencias de nuestras capacidades destructivas. Ambos rasgos de la condición humana tan difíciles de asumir.

No podemos concluir que todas las producciones fantasmáticas apocalípticas y catastróficas queden vinculadas a efectos temporales como los fines de siglo y milenio. Por el contrario, estamos en condiciones de ver en ellas las manifestaciones de distintos aspectos de la vida psíquica, que exceden su relación con fenómenos temporales. No obstante esto, se nos ofrece una relación con el tiempo que dispara e intensifica estas vivencias y que nos mueve a interrogarla. Se hace presente una intensa fantasía de fin catastrófico de la humanidad, de pérdida y muerte, a la vez que, en algunos casos, otra de re-encuentro o encuentro con algo de otro orden: divino, demoníaco o la nada posterior a la muerte. Ambas coinciden, como en el choque de ese “cuerpo extraño” (asteroide, meteorito). El encuentro es impacto catastrófico. La angustia se torna la vivencia más intensa.

Las temporalidades también parecen sufrir efectos culturales, o podemos pensarlas a ellas mismas constituyendo esos cambios. Desde distintos lugares se insiste en la pérdida de fuerza de una dimensión histórica así como del recordar y sus espacios

íntimos (hogar, familia, amigos, compañeros del pasado, etc.) y la expansión de la dimensión de lo actual. Tal parece que se hubiera producido un aplastamiento del tiempo, donde la disponibilidad del pasado histórico y la proyección hacia el futuro pierden espacio a favor de la actualidad. Si es posible pensarlo así: actualidades en estructura de “collage”, como presencia de múltiples imágenes caleidoscópicas, en multiplicación de lo instantáneo. La llamada “cultura del zapping” parece hacer coexistir la secuencia, en un instante fragmentado y multiplicado. Como si lo secuencial se aplastara, telescópicamente, en un instante fugaz. La vida en “flashes”, la aceleración del tiempo tanto en la vida social como en la íntima y en la propia impresión subjetiva del tiempo, se suman a la invasión de fronteras de espacios-tiempos privados por esa bomba aceleradora de imágenes que es el uso actual de la televisión y de los ordenadores navegando por Internet.

La mitología depresiva que suele apoderarse del ánimo en los fines de siglo-milenio ha cobrado otra forma de expresión en nuestra cultura: fin de la historia, fin de las ideologías, fin de la ilusión, fin del sujeto, ... En el Psicoanálisis parece tomar la forma de fin de la neurosis, fin de la sexualidad, ... y, con el fin del sujeto el fin del Psicoanálisis.

*“El fin de las ideologías, el fin de la historia –dice J. Baudrillard–, constituyen ellos mismos una catástrofe, ... la gestión del fin se confunde con la gestión de las catástrofes”.*¹⁶ La variante es anticipadora. El fin fantasmáticamente temido ya se ha producido. Más aun, se lo ha decretado. Sobrevivimos a la muerte, como quien asiste a su propio velorio. La ganancia imaginaria es una ilusión de inmortalidad. Dice J. Baudrillard: *“...en este fin de milenio volvemos a ser milenaristas; queremos la perpetuidad inmediata de la existencia, exactamente como los medievales querían el paraíso en el tiempo real, el Reino de Dios en la Tierra”.*¹⁷ *“...queremos esta inmortalidad hic et nunc, aquí y ahora, este más allá del fin en tiempo real, sin haber resuelto el problema del fin (...sencillamente porque el problema es insoluble). Pues no hay fin en el tiempo real, no hay tiempo real de la muerte. Eso es un absurdo. El fin siempre se vive en diferido, en su operación simbólica (.). No hay ningún fin concebible, ni siquiera el de la historia, con lo que no nos queda más remedio que*

¹⁶. “La ilusión...”, p. 104.

¹⁷. Ibid, p. 137.

manipular el más allá delfín, la inmortalidad técnica, sin haber pasado por la muerte, por la operación simbólica del fin".¹⁸

El fin de los objetos naturales, de los logros de la cultura, pero también el de los ideales humanos que creíamos ya logrados y permanentes, remite al duelo "*por la pérdida de algo que hemos amado o admirado*".¹⁹ Pienso que no estamos realmente enfrentados al fin de esos ideales, ni de muchos núcleos de las ideologías que los reúnen, pero sí al fracaso de lo que ellos portaban de *idealizaciones*, que en muchos casos fue predominante.

Tiempo y duelo

La noción de tiempo²⁰ ha aparecido desde sus comienzos vinculada a la duración de la vida y, con ella, a la muerte. La palabra latina "*saeculum*" era a menudo ligada por los romanos a la idea de una generación humana.²¹ La idea de "tiempo" es inseparable de la idea de transitoriedad. "*La distinción entre pasado y presente –dice J. Le Goff– es un elemento esencial de la concepción del tiempo*".²² El ordenamiento temporal en sus diversas representaciones fija puntos, referencias, dentro de un ordenamiento simbólico. Luz y sombra, el día, célula mínima del tiempo del calendario. Trabajo y tiempo libre, la semana, "gran invención humana en el calendario, al parecer de los hebreos, ligada a los conocimientos astronómicos²³ y de la cual se tiene testimonio en el Antiguo Testamento con los siete días de la Creación en el Génesis".²⁴ Calor y frío, las estaciones, que quedan luego también vinculadas a la actividad agrícola. Son oposiciones ordenadoras que mantienen un lazo cercano con la experiencia en el mundo.

Es posible situar un pasado y con él una dimensión histórica. Es posible intentar anticipar el futuro, preverlo, organizado. Las fechas de cumpleaños, de aniversarios significativos de cada historia individual así como de la colectiva, las marcas que fija la propia ordenación temporal, como el fin de año, el siglo, el milenio, señalan ciclos enmarcados entre un comienzo y un fin, secuencias ordenadoras de una continuidad. La

¹⁸. Ibid, pp. 137-9.

¹⁹. S. Freud; "La transitoriedad", p. 310.

²⁰. Ferrater Mora, "Diccionario de Filosofía".

²¹. Ibid, p. 221.

²². J. Le Goff, "Pensar...", p. 174.

²³. J. Le Goff, "El orden...", p. 212.

²⁴. Ibid.

continuidad apunta a lo completo y eterno. Lo precedero indica ciclos, fin, pérdidas, a la vez que efracciones y mojones.

Pero hay nociones más encarnadas del tiempo, sin las cuales su función simbólica no sería la misma. Aparición y reaparición de las necesidades corporales, calor y frío, luz y oscuridad, ciclo vigilia-sueño, crecimiento, envejecimiento, ciclo de una gestación, etc. Estas nos permiten apreciar los enclaves corporales como antes mencioné los del mundo, de nociones eminentemente simbólicas. Como ordenador está en la base de otros grandes ordenadores como el lenguaje y, a su vez, inextricablemente unido a él. Si es que la temporalidad permite el lenguaje o éste último instala la dimensión temporal son en realidad opciones causales que embretan el pensamiento. Lo cierto es que ambos son consustanciales.

Sobre estas encarnaduras corporales y de las referencias del mundo referidas es que se construye un orden complejo y sus nociones más abstractas o desencarnadas. Así la idea de dividir el tiempo histórico en períodos de cien años aparece recién en el siglo XVI y se aplicó verdaderamente por los historiadores en el siglo XVIII. *“Todo debía entonces colarse en este molde artificial, como si los siglos estuvieran dotados de una existencia, tuvieran una unidad, como si las cosas cambiaran de un siglo a otro”*.²⁵ De pronto esa creación humana, “resultado de un diálogo complejo entre naturaleza y cultura”,²⁶ tiene efectos sobre los sujetos y sus aconteceres. El calendario y la historia, individual y colectiva, tienen una relación interdependiente. Hay una acción de la historia sobre el calendario y una acción del calendario sobre el hombre.

Las nociones de siglo y más lejos la de milenio mantienen nexos con los anclajes referidos para poder tener esta efectividad simbólica entre tiempo e historia individual y colectiva. Pero estas nociones son más abstractas y mantienen un vínculo más laxo tal como Freud lo planteaba en el lenguaje para el filosofar abstracto con respecto a la “representación-cosa”. A diferencia de lo no simbólico, como el pensamiento psicótico, conserva nexos que lo enraízan. En estos nexos podemos ver las afectaciones que producen estas marcas temporales (los fines de año, los aniversarios significativos y, en una mayor escala, los fines de siglo y milenios). Estas marcas en sí mismas no implican ningún final ni pérdidas, pero remiten a las raíces de la noción vivencial de tiempo y a los registros de vivencias significativas, ellas sí vinculadas a pérdidas.

²⁵. Ferrater Mora, “Diccionario de Filosofía”.

²⁶. Ibid.

No es novedad para quienes estamos vinculados a la salud mental que en torno a los fines de año aumentan las consultas e internaciones por síndromes depresivos en sus distintas expresiones y las manifestaciones maníacas o maniformes. Tampoco es socialmente novedoso que en ese entorno las tristezas refloten o aumenten, reviviendo pérdidas ya ocurridas. Por otra parte, lo festivo, crea un clima maníaco observable en múltiples desaforos grupales y personales. En una dimensión individual, también los aniversarios de distintos tipos son evocadores de pérdidas. Hay allí establecida, a “grosso modo”, una relación entre marcas temporales y duelo, que se hace necesario pensar más allá de este acercamiento descriptivo.

La transitoriedad de la vida, la “inevitable caducidad”, como señaló S. Freud,²⁷ puede llevar a dos estados afectivos: “al dolorido hastío del mundo” y “a la revuelta contra esa facticidad aseverada” (ibid, p.309). En el primero ya nada tiene valor, la creación y recreación no encuentra estímulo frente a la magnitud de lo perdido o lo perdible, lo nuevo nunca será como lo viejo así como la esperanza sucumbe a la añoranza. En la “revuelta” contra la caducidad coexisten creencias negadoras de las pérdidas: nada se ha perdido, o bien, lo perdido volverá, o bien, nada existió y por tanto no se perdió. *“Empero –dice Freud–, esta exigencia de eternidad deja traslucir demasiado que es un producto de nuestra vida desiderativa como para reclamar un valor de realidad”.*²⁸ *Vemos así la versión depresiva y la maníaca frente a la pérdida o la amenaza de pérdida y su relación con lo transitorio, ligado a la idea de tiempo.*

La referencia temporal a un fin (de siglo, de milenio) nos remite al paso del tiempo, su inexorabilidad e irreversibilidad. Es una vivencia de pérdida. Tanto en lo individual como en lo colectivo los fines de ciclos nos interrogan por el estado de satisfacción o no de las expectativas que lo habitaron. La misma instancia que Freud asignó a la autopercepción del tiempo cronológico, el “ideal del yo”, es quien señaló las metas aspiradas y quien procede en esta evaluación de logros. Parece claro que no podemos esperar más benevolencia de su juicio que el grandor narcisista de sus propias aspiraciones. Comprobar los límites humanos de estos ideales es inseparable de la vivencia de pérdida y, en consecuencia, del duelo. Nada se perdió o todo se perdió pero no tenía valor o ya hemos trascendido el fin, parecen ubicarse como desvíos respecto al duelo. La vivencia apocalíptica, en su dimensión de catástrofe-muerte, parece personificar la “sombra” de los objetos idealizados perdidos, en el “Yo”. El

²⁷. S. Freud; “La transitoriedad”, 1915.

²⁸. Ibid, p. 310.

reconocimiento de los límites de nuestra capacidad constructiva así como de la existencia de una fuerte capacidad destructiva, no está exento de dolor.

Nada pasará efectivamente esa noche, una noche más. Quizás unos pocos hombres o unos cuantos se suiciden, acto donde el fantasma apocalíptico sucumbe en lo real en un estallido simbólico. Pero la anécdota de estos casos, aunque pueda tener un sentido inmolador para la humanidad, no dará cuenta de toda la efectividad que esa marca simbólica en el calendario ejerce anticipadamente. Es, como las hojas caducas en el otoño, signo de la transitoriedad generadora del “pregusto del duelo”.

Tiempo cronológico y psicoanálisis

En psicoanálisis el tema del tiempo tiene su centro de gravedad en la noción de “après-coup”, que expresa innovadoramente la complejidad de la intersección de la temporalidad cronológica del Prc-Cc y la atemporalidad del Ice, en un mecanismo complejo que nos permite pensar el funcionamiento psíquico de la significación-resignificación. La noción de tiempo cronológico, aunque no fue extensamente trabajada por Freud, tuvo sus menciones y evocaciones. Cuando Freud formula sus ideas sobre el origen del pensamiento, en “Los dos principios del suceder psíquico” como soporte de la *“tensión de estímulo elevado durante el aplazamiento de la descarga”* (p. 226), evoca en mi opinión el tema del tiempo cronológico y su origen. El pensar, dice allí Freud, es *“una acción tentativa con desplazamientos de cantidades más pequeñas de investidura, que se cumple con menor expendio (descarga) de éstas”* (ibid). Permite diferir la descarga, generando una espera, en cuya amplitud se despliega un espesor de actividades psíquicas simbólicas: representaciones, lenguaje, pensamiento. Aplazar alude a un “plazo”, a una referencia temporal que, para el psiquismo, parece instalarse en ese acto de postergación y espera. El pensamiento que allí se instala permite los desplazamientos de pequeñas cantidades de investidura, finalmente la disponibilidad del lenguaje, a la vez permite y se desarrollan en ese aplazamiento y se organizan temporalmente.²⁹

Memoria, pensamiento, lenguaje y tiempo, son nociones que en su funcionamiento psíquico quedan estrechamente vinculadas. En “Notas sobre la pizarra mágica” (S.

²⁹. La inhibición a la proclividad a la descarga del Ice, es una característica del Prc, tal como S. Freud lo describe en “Lo inconciente” (1914; T. XIV, p. 185) y es consecuente con la existencia de representaciones investidas. “Cuando el proceso traspasa de una representación a otra –dice ahí S. Freud–, la primera retiene una parte de su investidura y sólo una pequeña proporción experimenta el desplazamiento” (ibid, p. 185). Seguidamente atribuye el Prc. el ordenamiento temporal de las representaciones.

Freud, 1924) la conciencia depende de una discontinuidad de las investiduras del sistema P-Cc. **Es en el momento de la investidura del sistema que es posible la conciencia de las percepciones** y ésta se extingue cuando se retiran. El Ice es quién envía “golpes periódicos rápidos” (subrayado JG) hacia el sistema P-Cc, como si “*extendiera al encuentro del mundo exterior unas antenas que retirará rápidamente después que éstas tomaron muestras de sus excitaciones*” (p. 247). Este movimiento periódico de las investiduras funciona, para Freud, como el movimiento que en la pizarra mágica separa periódicamente la hoja de cubierta de la tablilla de cera. Es ese momento de separación el que permite que la superficie quede “*exenta de escritura, receptiva de nuevo*” (p.246), al mismo tiempo que el registro queda atrás como huellas duraderas (memoria).

Si bien el Ice “golpea” desde una atemporalidad, su impacto “periódico” en la P-Cc parece introducir un ritmo organizador en sus efectos. Así muy brevemente S. Freud concluye ese artículo diciendo que “en este modo de trabajo discontinuo del sistema P-Cc se basa la génesis de la representación del tiempo” (p.247) (subrayado JG).

En “Más allá del principio de placer” (19; T. XVIII, p. 27/8), trabajando al igual que en “Notas sobre la pizarra mágica” la barrera protección antiestímulo, Freud dice que los procesos psíquicos Ice son atemporales y que *nuestra “representación abstracta del tiempo parece más bien estar enteramente tomada del modo de trabajo del sistema P-Cc. y corresponde a una autopercepción de este”* (p. 28) (subrayado JG).

En “Introducción del narcisismo” (1914, T. XIV, p.93) atribuye la observación interior a la conciencia moral y vincula a pie de página esta función con la memoria subjetiva y con la temporalización. Luego quedará vinculada al “Ideal del Yo”.

Hasta aquí se trata de un movimiento pulsional, rítmico y endógeno, pero no menos importante para la noción de tiempo es la función del objeto en su oscilación presencia- ausencia y en su investidura de deseo (el objeto es deseante). Al mismo tiempo que establece una oposición organizadora, con la ausencia dispara el movimiento del deseo hacia huellas como punto de partida de una cadena de desplazamientos (alucinación, fantasías, pensamientos).

En la concepción freudiana la representación depende de la percepción, de la que es su consecuencia (su registro). También es cierto que la representación tiene sentido por la fugacidad de la conciencia perceptiva, por su intermitencia, que no necesariamente se corresponde con la ausencia del objeto real del mundo. Es en esa ausencia de conciencia perceptiva donde adquiere realidad psíquica la huella, donde se realiza el movimiento

del deseo. Presencia-ausencia del objeto para el sujeto queda así vinculada a percepción-representación o percepto-huella. Aunque esto apunta a pensar que el aparato se arma para evitar la ausencia del objeto, igualmente cierto es decir que el aparato es testigo de la fugacidad de la presencia y por tanto de la ausencia como causa.

El ritmo que genera la alternancia del objeto se relaciona con el ritmo de investidura que ejerce lo Ice sobre el sistema P-Cc, pues es durante el estado investido de la P-Cc (atención) que puede tenerse conciencia de su percepción.

¿Qué derivaciones conceptuales tiene esta concordancia rítmica impresa por lo Ice y el objeto del mundo? En primer lugar parece claro que se puede hablar de concordancia solo en el momento de la conciencia perceptiva, pues puede haber investidura de lo Ice sobre la P-Cc en ausencia de objeto y puede estar el objeto en momentos que la P-Cc no esté investida. La primera de estas alternativas deriva la investidura a las huellas y genera efectos psíquicos del movimiento del deseo: fantasías, pensamientos, etc. La segunda da cuenta de la barrera antiestímulo que preserva al sistema de los estímulos externos. La primera puede derivar a trastornos perceptivos como la alucinación; la segunda en su extremo, al autismo. Una derivación conceptual de esta concordancia entre investidura de lo Ice y presencia del objeto es la impronta psíquica que deja: una **huella investida**. El origen a la vez “endógeno” y “exógeno” respecto al psiquismo de la huella relativiza las separaciones radicales “adentro-afuera”, situando toda impronta como el resultado de la investidura pulsional del sujeto en cuestión y el estímulo que proviene de mociones de deseo del objeto. Pero ¿acaso estas dos “causas” sexuales (pulsión del sujeto y estímulo-pulsión del objeto) deben ser consideradas separadamente? ¿Es el empuje y ritmo pulsional independiente del deseo del objeto y viceversa? Los efectos en el psiquismo del niño de padres depresivos que invisten escasamente y los efectos en el deseo de los padres de un hijo autista, nos hablan de esta interdependencia.

La complejidad descrita sería la que se plasma **en huellas que inauguran un “espacio-tiempo” que, teniendo sus relaciones con los ritmos biológicos y con los ritmos del mundo (natural y cultural), se constituye psíquicamente con particularidades propias.**

La temporalidad psíquica (cronológica) la ubicamos así como **complejidad** donde intervienen los ritmos biológicos, los tiempos de la cultura, las mociones pulsionales y los objetos de deseo. Cualquiera de los factores intervinientes puede modificarla y actuar, a su vez, sobre los otros. Tenemos ejemplos de ello en las modificaciones de

ritmos biológicos (cardíaco, respiratorio, circadiano, de aparición de las necesidades, etc.) por causas psíquicas y viceversa, así como lo que me planteo para pensar: las modificaciones del funcionamiento psíquico por efecto de la cultura y viceversa. Podemos formular una noción de **construcción psíquica de la(s) idea(s) de tiempo**, a través de las experiencias subjetivas con los objetos en las distintas fases del desarrollo libidinal. Ritmos orales, anales y fállicos van conformando una experiencia corporal-erógena de temporalidades.³⁰

Cuando Freud se refería a que la autopercepción del funcionamiento del sistema P-Ce es lo que nos permite la idea de cronología temporal, no creo que nos alcance con una observación del propio funcionamiento perceptivo y sus ritmos. El ritmo que impone la investidura Icc sobre la P-Cc, es inseparable de las características de la pulsión, en especial de su empuje. **En psicoanálisis debemos afirmar que un acto perceptivo es un acto pulsional en principio. La ritmicidad de investiduras pulsionales parece habilitarnos a pensar la pulsión en un estado de positividad y otro de negativización. La idea de “empuje” parece solidaria de la de negativización, ya que es difícil pensar un empuje permanente, sin ritmo.**

No menos nos importa la necesidad de objetos para la pulsión: **el empuje lo es hacia un objeto**. La transitoriedad de la presencia del objeto hace a la dimensión transicional del tiempo y es un aspecto más de todo lo que la pulsión busca y no encuentra, de una satisfacción con resto, de una apropiación imposible que hace que la pulsión contornee y zafe del objeto para volver a su fuente, reciclando rítmicamente su empuje. Parece revelárenos allí el carácter pulsante, rítmico de la temporalidad.³¹ El recorrido entre la fuente y el objeto, entre el empuje y su satisfacción parcial, se corresponde gráficamente con la curva que describe la tensión de acuerdo al principio de displacer-placer, que se constituye también en esa autopercepción del tiempo.

La intención de situar el problema de la temporalidad cronológica en psicoanálisis, centrándola en los conceptos: percepción-representación, pulsión-objeto, y justamente en los guiones que separan esos pares (en el funcionamiento y espesor entre ellos), es para introducir la idea de los efectos que tiene su **aplastamiento por la cultura** (aceleración, disminución de los aplazamientos, tendencia a lo instantáneo, etc.). La

³⁰. En la investigación de las experiencias de privación sensorial, donde no se disponen de referentes externos tanto naturales como culturales de la temporalidad, los referentes internos pasan a tener un papel vital para sostener el funcionamiento psíquico. Aunque en un primer momento nos parece descubrir en ellos los ritmos biológicos, las singularidades en que éstos se arman nos permiten concebirlas como ritmos del **“cuerpo-erógeno”**.

³¹. Jean Schneider, “Irreversibilidad, temporalidad y pulsión”. En: “El tiempo y el devenir”, Ilija Prigogine et alii, Ed. Gedisa, Barcelona, 1996, pp 345-352.

complejidad descrita involucra tanto a la **pulsión** como al objeto (en su dimensión de deseante y de representante de la cultura), al **“ideal del yo”** y a las **temporalidades epocales**. La investigación de la estructura del “ideal del yo” (sus componentes narcisistas o su relación con aspectos de “yo ideal”) en la cultura actual, se constituye en un verdadero desafío para el psicoanálisis.

Tiempo y angustia

En Freud la angustia al principio de su obra es por abstinencia (neurosis de angustia del Manuscrito E) y angustia por represión (angustia de las psiconeurosis, angustia fóbica). Tienen en su base una acumulación de tensión sexual. La angustia es expresión de tensión o, incluso podríamos decir: es tensión.

Su reformulación de la teoría del trauma coincide con la re-visión de la angustia. Aparece así la angustia automática consecuencia de una situación traumática. Pero el trauma queda ahora vinculado tanto a peligros internos como externos en relación a un “yo” desamparado. La referencia al “trauma del nacimiento”, descrito en esa época por Otto Rank y que Freud toma en parte como suya, ubica una situación traumática paradigmática a la vez que inaugural. No se trata allí de angustia por conflicto psíquico, angustia de castración regulada por un principio de displacer-placer, sino de una angustia “automática”, que no se juega en circuitos representacionales, temporales. Por el contrario, se da en el acto, actual (antes: neurosis actuales) de la experiencia corporal del nacimiento. Para Freud a diferencia de Rank, esta angustia automática primera dará paso a un mecanismo psíquico que permitirá regularla, mediante un sistema de señales (angustia señal) que permite la actitud defensiva del “yo” frente a la amenaza. El carácter de “señal” habla ya de un campo semiótico, al igual que el mecanismo del principio de displacer-placer habla de un sistema regulatorio, ordenador. Pero su antecedente y causa, “la cosa” que es, ese acto en sí mismo no más que tensión, parece situarse **“más allá”** de todo principio ordenador. Lo que podamos decir sobre ese acto siempre es irremediamente a posteriori y desde el espesor de un sistema simbólico que se hizo en consecuencia. Constricción del cuerpo, irritación de piel y mucosas, dolor, llanto y primera respiración, estímulos lumínicos, etc., son ya palabras, metáforas que se arman en fantasías cuya estructura ya se ha organizado por el lenguaje y por el “Complejo de Edipo y castración”. La angustia ya se encuentra en un sistema organizado, no es una neurosis actual sino la actualización a mínima, como señal, de una tensión, dentro de la complejidad de una psiconeurosis. Pero el afecto como tal, lo que afecta y mueve, lo que efectivamente es y provoca movimiento, se conecta con ese

acto-actual que se llamó “trauma del nacimiento”, esa pura tensión que se hace señal de un conflicto, desencadenante de la represión.

Las menciones a la angustia se han referido siempre a **amenazas de pérdidas** de la unión corporal con la madre, del destete, de la pérdida de heces y de pene. Freud realizó una fina distinción entre **angustia, dolor y tristeza**, quedando la angustia definida como sentimiento frente a la amenaza de una pérdida, el dolor frente a la pérdida misma y la tristeza como añoranza por lo perdido. No podemos desconocer esa dimensión de amenaza de pérdida en la angustia. Pero también nos podemos preguntar qué significa ese objeto y su pérdida, a qué deja librado su ausencia. Todos los objetos cumplen una función para el procesamiento de una tensión innombrable que antecede. Que la satisfacción nunca sea total y el objeto permita un aplazamiento con derivaciones capitales para el desarrollo de funciones elaborativas, nos señala que su pérdida amenaza con el retorno del acto de una pura tensión, proceda ésta de donde proceda.

Todos los objetos a los que nos referíamos al hablar de pérdida de objeto son sustitutos simbólicos (metáforas). Es discutible hablar de un primer objeto que da lugar a todas esas sustituciones, pero también parece hacerse necesario ubicarlo como “objeto materno”, parcial, pecho, etc.³² Y éste parece ubicarse en la oposición más radical a ese estado de derilección del infans. Es el **cuerpo** en tensiones múltiples, en excitaciones varias que se traducen en movimientos corporales, gritos, etc.³³ Y es el objeto (acto materno), el que calma ese estado de múltiple excitación, en una respuesta organizada necesaria que reúne en acto el cuerpo, el afecto, el deseo y la cultura. Hay un vestigio de este afecto de angustia en toda angustia posterior, dice Freud en I.S. y A. Podemos pensar allí un núcleo de experiencia con lo real, lo irrepresentable, en el núcleo de toda angustia. El riesgo en la pérdida de objeto es, en esta línea, el retorno de esta vivencia de angustia ante lo real o “lo real de la angustia” (ang. Traumática, automática).

Quizás lo más cercano que tengamos como ejemplo es una crisis de pánico. Ella no está en lugar de otra cosa, como un síntoma. Ella es más bien la falta de otra cosa en su lugar. A lo que nos libran los objetos con su falta. Pero esta pérdida, esta ausencia del

³². Los objetos, como se pregunta Serge Leclair (“Desenmascarar lo real”, Bs. As., 1982, pp 59-60) “¿son una forma de recuperar o de nombrar la presencia perdida misma o, por el contrario, son las especies o apariencias que los psicoanalistas pueden adoptar para conjurar psicoanalíticamente la insistencia amenazadora de lo que ha sido perdido?”.

³³. No me refiero al cuerpo biológico que ya es una lectura organizada, efectivamente simbólica, del cuerpo. Me refiero al cuerpo como materialidad, como “cosa-causa” de los distintos cuerpos que disponemos (anatómico, fisiológico, erógeno, ritual, etc.). Este “cuerpo real”, que es también “lo real de la pulsión” así como la pulsión desde los otros, tiene carácter de “cuerpo extraño” al psiquismo, extraterritorial a su funcionamiento simbólico. Es sexual en el sentido que lo es el empuje pulsional, tanto desde el sujeto de la pulsión como desde la pulsión en los otros.

objeto, y esto es lo importante, no angustia por la separación en sí misma, sino por el terror de quedar librado al encuentro real con una tensión-cosa innombrable en un acto traumático.

Lo siniestro puede dar cuenta también de esta vivencia. Tanto la formulación del miedo a ser enterrado vivo o la de deseo de retorno al vientre materno, ya tienen una fuerte organización metafórica. Hay allí palabras, pensamientos, fantasías y un orden que fácilmente vinculamos al “Complejo de Edipo y castración”. Decir que la proximidad con el objeto de deseo provoca angustia, eso que es a su vez: familiar, propio y desconocido, da cuenta sintéticamente de lo que allí opera. Pero el objeto del deseo (tal como diseñó Freud el movimiento inaugural del deseo a partir de la recarga de la huella de la experiencia primaria de satisfacción), procesó una tensión en acto anterior.

¿Finalmente...?

Una perspectiva psicoanalítica puede aportar desde su conocimiento íntimo del funcionamiento del psiquismo humano, en este caso, respecto de las experiencias de encuentro traumático y pérdidas: la angustia y el duelo. Duelo siempre en alguna medida a trámite inconcluso, por el inevitable resto que deja toda posible elaboración. En última instancia la Muerte, palabra de lo irrepresentable. Castración, vacío, ausencia, nada, “real”, ... tratan de dar cuenta de lo que siempre excede a toda representación y desborda su inclusión en un orden simbólico, aunque todo él se arme para tratar de dar cuenta en algo de ello. Se trata del **desborde de la muerte en el signo**. El espesor psíquico que van generando fantasías, pensamientos, simbolizaciones, genera la posibilidad de esperar y diferir. La religión, al posponer el juicio y el reino de Dios mil años, situaba un período suficientemente extenso para que ningún mortal se sintiera acuciado por ese encuentro, al tiempo que mantenía la esperanza en él. Generaba un gran espacio-tiempo que sostenía la esperanza y lo situaba imposible. Cuando ese espacio-tiempo parece desaparecer, ese abismo entre la expectativa y lo real, el imaginario da cuenta de lo apocalíptico. La temporalización genera la ilusión y la espera, mientras que la idea del fin del tiempo, tanto por su supuesta llegada como por una aceleración vertiginosa de los acontecimientos (información, globalización, inmediatez: política, sexual, vincular, etc.) parece disminuir, hasta el riesgo de desaparición, el espesor mediador del pensamiento simbólico entre lo real de la pulsión y el objeto. La vivencia es de angustia. La posibilidad de ese encuentro parece generar

el movimiento vertiginosamente acelerado que quiere adelantar el fin, traspasarlo, que es hacerlo pasado en lugar de expectativa angustiosa.

Quiero finalizar estas aproximaciones a complejidades que me exceden, con una confrontación de evocaciones a partir de tres producciones cinematográficas vinculadas al fin del milenio: las ya referidas “Impacto profundo” y “Armageddon” y “2001 odisea del espacio” (Stanley Kubrick, Inglaterra, 1968). En ésta última, a diferencia del cuerpo extraño que impactará y destruirá, tenemos otro objeto: el **“monolito”**, que insiste en su aparición en cuatro momentos de esa odisea. El “monolito” aparece como un referente desprovisto de todo sentido, como un rasgo, un trazo ahí en el mundo. Está allí en un estado de máxima pureza, en su volumen, su superficie pulida, su forma y sonido. Despojado de todo lo que pueda marcar una diferencia en el propio cuerpo, se arma como máxima diferencia con el resto. Un significante así, en el mundo, trazo único, traza un “uno” (2001) que abre la cuenta (del nuevo milenio) y nos lanza (como el objeto uno-hueso-nave) a la aventura de contar, sustituir objetos, hablar, penetrando en dimensiones espaciales y temporales desconocidas.

“Impacto profundo” y “Armageddon” figuran el horror del encuentro catastrófico con “lo real del objeto”, su estado antes de la intervención humana, su lado imposible, mientras “2001...” abre a la aventura significativa que, desde la pureza de un sin-sentido interrogante, lanza a un viaje a través de objetos metafóricos hacia lo desconocido. La aventura humana, eso posible, que puede ser llamado “odisea”.

En “Impacto profundo” y “Armageddon” el tiempo está jaqueado por el encuentro real con ese objeto. El plazo se acorta cada vez más y la vivencia es de pánico. La angustia aparece frente a la inminencia de ese encuentro. Es imperioso provocar en él una acción humana. En cambio “2001...” recorre el tiempo del hombre, desde sus orígenes hasta el futuro, y lo hace con calma, en escenas lentas, movidas por la búsqueda a partir de enigmas, penetrando finalmente en dimensiones espaciales y temporales desconocidas donde coexisten el verse en el espejo, el verse viejo, el verse muriendo y, desde allí, nuevamente enfrentado frontalmente al “monolito”, atravesándolo, el embrión en el espacio... relanza la odisea.